

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscription.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7 pta.—La suscripción se contrata desde 1.º y 16 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, diríjanse al Administrador.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración: Isaac Peral, número 24, bajo.

Correspondencia.—Paris, Mr. Le... New York, Mr. George B. Pike, 21, Park...

Juventud Conservadora

El Presidente de la Juventud Conservadora de Cartagena, en virtud de la campaña de propaganda que actualmente está realizando...
El Sr. Anz fue objeto de atenciones...
El Sr. Anz fue objeto de atenciones...
El Sr. Anz fue objeto de atenciones...

Un libro interesante PREFUMO

Con estos títulos ha publicado el querido colega «La Correspondencia Militar» de Madrid, el juicio que le ha merecido la reciente producción literaria de nuestro amigo y colaborador Paig Campillo. El crítico se ve claramente que no simpatiza con la causa que defendieron los cantonales ni con aquella época revolucionaria; pero, sus palabras son un merecido elogio del ilustre cartagenero y del autor de tan interesante libro, al que también han saludado con entusiasmados los diarios madrileños «El Radical» y «El País». El referido periódico militar, dice así:
«Don Antonio Puig Campillo, profesor de la Escuela Industrial de Cartagena, ha publicado un libro muy notable, con el título que encabeza estas líneas, en el que relata con simpatía y suma la historia política y parlamentaria de este precioso varón, que por sus virtudes llegó a ser en aquella infanzada época de la revolución el jefe principal del cantonalismo de aquella hermosa é hisórica ciudad, cuna de hombres tan esclarecidos como Escalzo, Miquez, Montanero, Hidalgo de Cisneros, Villamartín, Monroy, Risueño, marqués de Valmar, Arróniz, Peral y otros que supieron conquistar puesto preeminente en las ciencias, en las artes en la política y en las armas.
Precedida la obra un bien escrito prólogo por don Miguel Rodríguez Valdés, en el que relata a grandes rasgos aquella aventura quijotesca en la que se pretendía purgar al mundo de bellacos, recomponiendo con cartones el morrión averiado para afrontar impávidos las mareas febriles de los gigantes.
«Prefumo» no podía contagiarse con aquellos ilusos candores. El comprendía que el ejercicio de las libertades, según expone en su prólogo el señor Rodríguez Valdés, para ser duradero y fructífero debía contenerse dentro de una rigurosa disciplina legal, puesto que si el quijotismo es la espiritualidad y es el altruismo y es la hidalguía, es también la locura.
Esta lección de la Historia es una página valiente, digna de estudio que el tiempo se ha encargado de depurar y que puede servir de lección y ejemplo del pasado, del presente y del porvenir.
El desarrollo de aquellos sucesos con la exposición detallada de los acontecimientos á que dieron lugar, y las principales figuras que intervinieron en los mismos son datos curiosísimos aportados por el autor, que dan á su obra una importancia inmensa para todo el que desee conocer a fondo el origen de aquella algirida tarin-sca, que hizo caer al O berno de la Nación desorganizando el Ejército y casi á punto de destruir la Patria.
J. S. R.

De Sociedad

La suscripción iniciada por las damas cartageneras, asciende á la suma de 704 pesetas cincuenta céntimos para las raciones de la Tienda Asilo.
—Ha salido, para la Corte, nues-

POETAS JOVENES Ave piadosa

En tu corazón se vive
para el naufrago vencido
del mundo, en la trágica nave,
que en tu pecho hizo su nido.
Y bendiciéndote á coro,
—en justicia—dicen ellos
que vales mucho más oro
que el magnífico tesoro
de tus doradas cabelleras...
Luis de Lilipt

Boletín del Explorador

Comité de Cartagena
Para la excursión del domingo día 18, se celebró el domicilio social á las nueve de la mañana. Los exploradores que tengan que hacer imposiciones en la libreta de ahorros para el próximo viaje á Murcia deberán concurrir un cuarto de hora antes.
El primer grupo irá al monte Atalaya, el 2.º y el 4.º al Espalmador Grande, y el 3.º al dique de Navidad.
Se realizarán los programas fijados por los respectivos señores instructores, y se registrará á las cuatro de la tarde para asistir á la función de circo en la Plaza de Toros, á la que han sido invitados los exploradores.
Cartagena 16 Abril 1915.—El Secretario, Vicente Chiralt.

Crónica del Supremo

La Doctrina de la quincena
«Saben nuestros lectores lo que es la Querrelmonis? Lo queiro ió la «torperia» es un privilegio de antiguo concedido á los vecinos del Valle de Arán, por virtud del cual el plazo para intertar la acción de retracto es el de un año, en vez de los nueve días á contar desde la inscripción en el R. g stro, que señala el Código civil.
El Tribunal Supremo, con motivo de un recurso tiene que hacer ahora interpretación sobre ese privilegio y declara que no es aplicable en cuanto al procedimiento que establece para el ejercicio del retracto

LAS SUBSISTENCIAS

Madrid 16 9 m.
Bigallal ha dirigido una resolución dirigida á las Juntas provinciales de Subsistencias ordenándoles que no se limiten á fijar el precio del trigo sino á poner además en relación con éste los de las harinas y el pan, para evitar que quede en libertad el intermediario para la venta de las harinas como de pan, cuyos precios no se han regulado.
No deja de ser curioso en punto á doctrina sobre el tribunal industrial, el planteado por un patrono de Madrid, quien al ser demandado por un obrero para que le abonase la indemnización que le correspondía por un accidente del trabajo, se opuso á ella alegando que el reclamante carecía de tal de echo por cuanto había faltado á los preceptos de la Ley especial, asistiendo por su cuenta y sin permiso á una clínica gratuita, después de haber sido dado de alta. El juez entó de intervención facultativa, se ha aludido el derecho del obrero. El Supremo dice que no, considerando que no puede estimarse por sí misma como perjudicial á la curación de la lesión sufrida ó los cons cuencias en orden á la incapacidad de ella derivadas, y así por el contrario, debe suponerse favorable, con mayor motivo, cuando nada se alegó en contra por la parte demandada, ni se deduce tampoco del veredicto.
En materia administrativa, la Sala tercera dicta algunos fallos interesantes.
En uno, proclama que es improcedente la rescisión del contrato de arriendo de Co- sumos, fundada en la falta de ingreso en los plazos oportunos de la cantidad que, el arrendatario venía obligado á entregar, si el Alcalde y la Corporación autorizaron que aquellas fueran compensadas con el importe de los foros de salud de la casa. Ayuntamiento, como administrador competente, sin que sea hecho responsable al contratista de la negligencia de la propia Corporación en el examen, aprobación y reparo de la liquidación presentada en tiempo.
En otra de estas sentencias se consigna que ni las disposiciones del Reglamento de la contribución industrial, ni las contenidas en sus tarifas, establecen con la debida claridad las diferencias entre las industrias de especulador en granos y vendedor al por mayor de cereales y harinas, ni las operaciones propias de cada una de ellas, que sólo vienen á apreciarse por el concepto que tienen en el uso corriente.
Esta obscuridad y confusión, á juicio de la Sala tercera del Tribunal Supremo, pone de manifiesto la urgente necesidad de que se dicten disposiciones que distingan suficientemente esas industrias ó que las equiparen en la cuantía de la cuota, haciendo en lo que se refiere al pleito que se juzga, que no prospere una declaración de indefraudación que, por esas razones, resultaba inaplicable de derecho.

De la batalla librada en los Lagos M suricos

Un oficial de caballería escribe:
En nuestra marcha á través de la Pusia Oriental encontramos en todas partes semblantes pesimistas, y algún que otro padre de familia que ya había empacado sus mejores haberes, á fin de poder huir al primer indicio de avance de los rusos, tan temibles como odiosos. Conoscebamos con sonriente cara á las gentes que nos recibían con firmeza en una nueva gran victoria, y que en su Hedenburg había estado con nosotros hacia pocas días, habiéndose como de un nuevo a que le los rusos; de esto de algunos que ellos debían estar en las cercanías de los Lagos M suricos. A donde ya se habían arrojado otra vez. Que el peligro era cada vez mayor, podía deducirse de las conversaciones de los habitantes, que por mediación de los fugitivos se iban conociendo de los combates y las fuerzas del enemigo, que había enviado á la frontera sus hordas de cosacos como turbas terroristas. Los pobres habitantes que ya habían pasado en parte a duras penas, temblaban de miedo, ya que el pecho aún a también a ellos y a sus haciendas, en caso de que no nos fuera posible vencer decisivamente á los rusos, puesto que, a pesar de que también ellos combatían en nuestro gran Hedenburg, consideraban, sin embargo, nuestros irrisorios combates debiles para derrotar esta vez al enemigo. Tampoco nuestra seguridad en la victoria pudo apenas ser para los apesadumbrados espíritus, y nuestras tentativas de consuelo fueron agraciadas, á decir verdad pero acogidas con alguna desconfianza. Por que cuando Hedenburg ha logrado vencer á los rusos cada vez que se han presentado ante su vista, todo esto es en verdad cierto y nosotros estamos agradecidos de todo corazón, pero esta vez deben ustedes ver que son demasiados rusos, todo el grueso de las fuerzas, y nosotros cómo vamos á poder retener todas esas tropas? Esto era ordinariamente el estribillo final de nuestros diálogos con los habitantes. Por fortuna sucedió otra cosa distinta, y, en todo, como nosotros lo esperábamos; los bravos prusianos orientales no habían contado con el valiente ingenio de nuestro más alto caudillo que, con sabia previsión, había contado, como siempre lo hizo, con todas las eventualidades al realizar sus preparativos. J más se había abrigado más hondamente en nosotros la confianza en la seguridad de una brillante victoria, ya que veremos que todas las tropas que habían de tomar parte en la acción estaban deseosas de dar un gran golpe, y que los bosquejos y lagunas del terri-

torio masúrco debían acoger otra vez en su seno nuevas víctimas. La misma confianza se reflejaba en los rostros de todas las tropas, especialmente la artillería parecía regocijarse grandemente con el movimiento que había de tocarse nuevamente al oso ruso. Marchamos á través de pueblos, que ya habían padecido terriblemente en la primera invasión de los rusos, y, que, abandonados por sus habitantes, ofrecían un aspecto desconsolador. Entonces comprendimos también nosotros el miedo y odio hacia los rusos de los prusianos orientales; y nos dimos cuenta de que una nueva visita de las hordas bárbaras sería todavía más terrible. Ante la vista de aquellos horrores y devastaciones, apretaron más fuertemente nuestros puños la espada y la lanza, dirigiendo una cariñosa mirada á la carabina. ¡Esperad, chusmas, ahora lo pagareis!

Y nosotros se lo hemos hecho sentir directamente con todas las reglas del arte, tanto que ellos no se atreverán más á penetrar en el territorio alemán. Jamás en mi vida olvidaré los días pasados en Masuria, donde nos batimos como leones y donde los malditos cosacos tuvieron que retroceder ante el empuje de la caballería alemana. Ciertamente que no se llevó á cabo todo a nuestro gusto durante los cinco primeros días de combate, pues tuvimos que luchar á pie con la carabina en la mano de común acuerdo con la infantería, hasta que los rusos, que entre tanto fueron casi caídos, comenzaron á retroceder. Hasta entonces nosotros no utilizamos nuestra propia cualidad de jinetes, y montando á caballo acometimos al enemigo. Nuestros rotines, que lo habían pasado bien durante algunos días, arrancaron como demonios, y, á galope tendido, avanzamos. Sobre nosotros silbaban y cruzaban las balas y granadas que, lanzadas contra el enemigo, le obligaban á huir cada vez más, impidiéndole hacia su completa ruina. Nos ordenó dirigimos hacia la izquierda y llegamos á buena hora, cuando una división de caballería rusa suscitaba el ataque. Nosotros tenemos aún suficiente caballería y no hubiéramos necesitado tomar parte en la lucha, pero ningún genuino jinete deja escapar una ocasión tan brillante para batir al enemigo. Nuestro coronel vió nuestros deseos y lo que los caballos podían dar de sí, y dijo duro con ellos: Por ambos lados fueron cercados los rusos, y en diez minutos á lo sumo quedó solucionada la cuestión, pues la chusma se desgarró como si fuera badana.
Algunas líneas de defensa rusa fueron pasadas á raso, otras columnas de infantería se dispararon con espantoso pánico, y otras que quisieron oponer resistencia cayeron bajo el embrollado tumulto de su propia caballería, con lo que no ahorraron un trabajo. Seguimos avanzando siempre adelante tras de los rusos que hulan, casi sobre los cuillos de sus caballos, y verdaderamente fué una terrible confusión la que nuestro bravo ataque produjo entre la infantería enemiga. Los cosacos, tártaros, baschkiros, y en general todos aquellos tipos á los cuales perseguíamos, bramaban, pegaban con sus rebenques á los caballos, y rugían como endemoniados; abandonaban armas y equipos para poder huir mejor. Dos baterías

De la batalla librada en los Lagos M suricos

Un oficial de caballería escribe:
En nuestra marcha á través de la Pusia Oriental encontramos en todas partes semblantes pesimistas, y algún que otro padre de familia que ya había empacado sus mejores haberes, á fin de poder huir al primer indicio de avance de los rusos, tan temibles como odiosos. Conoscebamos con sonriente cara á las gentes que nos recibían con firmeza en una nueva gran victoria, y que en su Hedenburg había estado con nosotros hacia pocas días, habiéndose como de un nuevo a que le los rusos; de esto de algunos que ellos debían estar en las cercanías de los Lagos M suricos. A donde ya se habían arrojado otra vez. Que el peligro era cada vez mayor, podía deducirse de las conversaciones de los habitantes, que por mediación de los fugitivos se iban conociendo de los combates y las fuerzas del enemigo, que había enviado á la frontera sus hordas de cosacos como turbas terroristas. Los pobres habitantes que ya habían pasado en parte a duras penas, temblaban de miedo, ya que el pecho aún a también a ellos y a sus haciendas, en caso de que no nos fuera posible vencer decisivamente á los rusos, puesto que, a pesar de que también ellos combatían en nuestro gran Hedenburg, consideraban, sin embargo, nuestros irrisorios combates debiles para derrotar esta vez al enemigo. Tampoco nuestra seguridad en la victoria pudo apenas ser para los apesadumbrados espíritus, y nuestras tentativas de consuelo fueron agraciadas, á decir verdad pero acogidas con alguna desconfianza. Por que cuando Hedenburg ha logrado vencer á los rusos cada vez que se han presentado ante su vista, todo esto es en verdad cierto y nosotros estamos agradecidos de todo corazón, pero esta vez deben ustedes ver que son demasiados rusos, todo el grueso de las fuerzas, y nosotros cómo vamos á poder retener todas esas tropas? Esto era ordinariamente el estribillo final de nuestros diálogos con los habitantes. Por fortuna sucedió otra cosa distinta, y, en todo, como nosotros lo esperábamos; los bravos prusianos orientales no habían contado con el valiente ingenio de nuestro más alto caudillo que, con sabia previsión, había contado, como siempre lo hizo, con todas las eventualidades al realizar sus preparativos. J más se había abrigado más hondamente en nosotros la confianza en la seguridad de una brillante victoria, ya que veremos que todas las tropas que habían de tomar parte en la acción estaban deseosas de dar un gran golpe, y que los bosquejos y lagunas del terri-

torio masúrco debían acoger otra vez en su seno nuevas víctimas. La misma confianza se reflejaba en los rostros de todas las tropas, especialmente la artillería parecía regocijarse grandemente con el movimiento que había de tocarse nuevamente al oso ruso. Marchamos á través de pueblos, que ya habían padecido terriblemente en la primera invasión de los rusos, y, que, abandonados por sus habitantes, ofrecían un aspecto desconsolador. Entonces comprendimos también nosotros el miedo y odio hacia los rusos de los prusianos orientales; y nos dimos cuenta de que una nueva visita de las hordas bárbaras sería todavía más terrible. Ante la vista de aquellos horrores y devastaciones, apretaron más fuertemente nuestros puños la espada y la lanza, dirigiendo una cariñosa mirada á la carabina. ¡Esperad, chusmas, ahora lo pagareis!